

## Individuo y sociedad en Nietzsche

El presente estudio de los pensamientos en torno a la sociedad que pueden encontrarse en las obras de F. Nietzsche, se ofrece con un análisis directo de su actitud frente a los problemas reales que presenta actualmente la sociología moderna.

Nietzsche escribe en la segunda mitad, ya avanzada, del s. XIX, cuando no estaban elaborados por completo los conceptos sociológicos que exige la situación actual, pero sus orientaciones son un avance de puntos de vista que pueden ofrecer motivos de reflexión también ahora.

Desde luego interesa notar que no tienen razón para apoyarse en las doctrinas nietzscheanas los que intentan justificar, desde el pensamiento de este filósofo alemán, una defensa del totalitarismo aun oprimiendo la posibilidad de libres movimientos del individuo.

Por eso es de tener en cuenta su enérgica posición antisocialista, en cuanto ve unido ese régimen social, que él combate, a un totalitarismo anulador de la capacidad personal.

### *La sociedad como impacto en el hombre*

El hombre despierta al tomar conciencia de sí, caminando por una red de veredas ya trazadas, por las que es preciso seguir adelante para sentirse cómodo. Formas asendreadas le señalan claramente su ruta. Se encuentra la perspectiva abierta en direcciones ya determinadas.

Y se sobrepone el respeto por todo lo que mantiene el orden. Todo lo que impide cualquier alteración es intangible si no se quiere chocar contra las cortezas endurecidas de los acostumbrados.

A las veces no llega el individuo a superar la costra que le ha crecido con el roce continuo social, ya antes de darse cuenta. Y rueda su naturaleza superponiendo capas y formas con un profundo cada vez más remoto en el interior que no puede hacer brotar ningún impulso íntimo. Todo movimiento es empujado desde fuera.

La sociedad abrigada con la civilización, fomenta el tipo civilizado del orden y de la armonía, de la eficacia suave en el conjunto, sin atender a la resonancia personal de la acción.

Así llega a brotar la convicción de que el Estado es el fin supremo del individuo y que no hay deber superior al de servir al Estado. Eso lo considera Nietzsche no una vuelta al paganismo, sino a la tontería. Hay deberes superiores y uno es destruir la tontería en todas las formas constituidas<sup>1</sup>. No hay por qué quedarse en una armazón anquilosada sin admitir posibilidad de cambio y mejora.

Con la divinización del Estado queda el hombre enrolado con cierta seguridad, pero paga cara tal pretendida seguridad, a costa de las fuerzas del espíritu. En este campo la sociedad derrocha sin medida, sin estimar que el espíritu es lo más valioso, y este despilfarro del espíritu, en el fondo, es peor que un estado de penuria<sup>2</sup>.

Hay que atender siempre al sentido de desarrollo, en el hombre mismo, de las facultades personales, sobre todo de las facultades del espíritu que pueden determinar el resto de la vida y la apertura hacia el futuro. Por eso "Zur Genealogie der Moral", con toda crudeza, considera la fiera primitiva humana y su fuerza de crueldad enjaulada por el Estado con la domesticación y dirigida contra sí mismo<sup>3</sup>.

Y con todas las restricciones sociales viene la sublimación inconsciente para sentirse ennoblecido y a gusto aun dentro del orden estatal, que pudiera cohibirlo y degradarlo. Para ello eleva a la categoría de deberes absolutos los que tiene ante el Estado y no se siente denigrado por un sometimiento bajo a cualquier superioridad mezquina, sea un príncipe, un partido, o una secta o poder económico, sino que habla de un deber incondicionado al que puede considerarse dignamente sometido<sup>4</sup>. Busca la evasión desde fuera para justificar de manera noble su inhibición en la empresa propia de desarrollar su eficacia personal en la expansión de la vitalidad del individuo.

A este respecto queda ya el apunte de Nietzsche en el libro II. de "*Menschliches, Allzumenschliches*" en el capítulo referente a "Ein Blick auf den Staat" (Una mirada sobre el Estado), cómo pierde valor la subordinación en el sentido de militares y funcionarios, porque desaparece su fundamento que es la fe en la autoridad incondicional y en la verdad definitiva<sup>5</sup>.

Nietzsche ataca con fuerza la falsedad principalmente en "*Von den Taranteln*", 2.ª parte de Zarathustra, y en "*Gespräch mit den Königen*" en la 4.ª parte. En el primero compara con las tarántulas a los predicadores de la igualdad, ocultos desde sus escondrijos, tramando con rabia la venganza. Con retorcidas intenciones para sembrar veneno aparentando su desprecio por la superioridad. Pero hay que traer a la luz las oscuras maquinaciones, pues librar al hombre de la venganza es el puente para las más altas esperanzas<sup>6</sup>.

Y esa incubación de intenciones torcidas, es lo que pervierte desde lo hondo a la sociedad. Por eso Zarathustra acecha el diálogo de los reyes

Las citas están tomadas directamente de  
FRIEDRICH NIETZSCHE: *Werke in drei Bänden*, 2.ª ed. preparada por K. Schlechta,  
Munich, O. Hanser, 1960.

<sup>1</sup> Cfr. Schopenhauer als Erzieher, 4.

<sup>2</sup> Cfr. Morgenröte, III. 179.

<sup>3</sup> Zur Geneal. d. Moral, II. 22.

<sup>4</sup> Die fröhl. Wiss., I. 5.

<sup>5</sup> Menschliches, Allzumenschliches, I. VIII. 441.

<sup>6</sup> A. s. Z., II. Von den Taranteln.

arrepentidos. Los magnates van huyendo de las buenas costumbres de la sociedad, porque todo es falso y está podrido. Y les da asco que los mismos reyes hayan llegado a la falsedad del populacho y sólo puedan quedar restos de bondad entre la gente del campo. En la ciudad todo es cambalache<sup>7</sup>.

Esta confesión esperaba Zaratustra de los mismos primates de la sociedad, para dialogar con ellos y asegurarlos en la búsqueda del "hombre superior", cuando ya iban a su encuentro.

El hombre superior que debe ser también el señor superior de la tierra, porque no hay desgracia mayor para el destino de los hombres, que cuando los poderosos de la tierra, no son también los primeros hombres. Todo se corrompe entonces y se tuerce y se hace monstruoso<sup>8</sup>.

Toda esta realidad social, ha ido endureciéndose y ha adquirido consistencia propia, que encierra al individuo dejando sólo una pequeña capacidad de desarrollo dentro de sus fines.

Con todo su aparato organizador, la sociedad influye con su poder y los detentadores del poder con el anhelo de grandeza aclamados por la muchedumbre. Y tratan de apoyarse en lo común y ¿qué es lo común? A esta pregunta responde Nietzsche en el aforismo 268 de "*Was ist vornehm?*" en su libro "*Jenseits von Gut und Böse*". Puesto que la necesidad desde antiguo sólo ha acercado unos a otros, los hombres que con signos semejantes podían significar necesidades y vivencias semejantes, así sucede en todo, que la fácil *participabilidad* de la necesidad, esto quiere decir en último término, el vivir solamente vivencias *comunes* de término medio, bajo todos los poderes que hasta ahora han dominado sobre el hombre, deben haber sido la fuerza más poderosa. *Los hombres más semejantes y más corrientes estuvieron y están siempre en ventaja*, los más selectos, los más finos y más raros, más difíciles de entenderse quedan fácilmente solos, sucumben a los accidentes en su aislamiento y se multiplican raramente. Hay que traer aquí fuerzas contrarias enormes para contravenir a este natural y demasiado natural *progressus in simile*, el perfeccionamiento del hombre en lo semejante, lo corriente, lo término medio, lo borreguil — lo común!<sup>9</sup>

Este sentido de lo común tiene un poder inmenso en la sociedad por su dependencia del éxito y la aprobación de las multitudes. Y se decanta el interés de un pueblo numeroso de igual parecer para imponer y dejarse imponer la fuerza.

La ventaja de los más semejantes y los más corrientes, es ante todo la facilidad con que se imponen las normas de menos dificultad para la mayoría. Incluso no ya cada uno de esos hombres que constituyen el gran grupo, sino sólo por el "orden" ya aparte de todo grupo.

Por eso la calificación de "buena" para una virtud, no se le aplica por los efectos que ella tenga para el hombre mismo, sino por los que podemos sacar de ella para nosotros y la sociedad<sup>10</sup>.

No se trata, por tanto, de realidad constitutiva, sino de eficacia aparential y de provecho exteriorizado.

<sup>7</sup> Cfr. *ibid.* Gespräch mit den Königen.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Jenseits von G. u. B.*, IX. 268.

<sup>10</sup> *Die fröhl. Wiss.*, I. 21.

Dentro ya de la organización social, el concepto de gobierno ha llegado incluso hasta admitir la "constitución", como compromiso entre gobierno y pueblo, pero esto obedece al peso histórico. Lo que es necesario y debe empezarse a hacer historia desde ahí, es que "el gobierno no es nada como órgano del pueblo, no es un 'estar arriba' providencial y muy digno de respeto, frente a un 'estar debajo' acostumbrados a la modestia"<sup>11</sup>.

O sea, toda la estatificación de un orden social mantenida desde valoraciones idealizadas, pero desprendidas por completo de una realidad auténtica del momento y de un tener menos en cuenta efectivamente la valoración positiva de cada individuo concreto. Esto desrealiza el contenido valioso de una sociedad eficaz y constructiva.

### *Fenómenos sociales*

A esta sociedad así ordenada se adaptan, o se ven concatenadas, si en el fondo son diferentes, las formas como el hombre se presenta en la sociedad, según las diversas circunstancias.

La misma *religión*, que en su sentido íntimo es anterior a la sociedad y tiene distinto fundamento, se la considera como el medio de apaciguar y de posibilitar la acción de los gobiernos paternalistas. Sin ayuda de los sacerdotes no puede considerarse tampoco ahora como en tiempos de Napoleón, ningún poder "legítimo"<sup>12</sup>.

La confesión religiosa es sostenida y a veces practicada, como apoyo para mantener un género de orden sobre presupuestos de irrealidad y valor sólo aparente y de conveniencia.

Como el sentido que mantiene *el ejército*. Ningún gobierno concede que sostenga el ejército para fines de conquista, sino para caso de necesitar defenderse. Así se ponen los Estados unos frente a otros atribuyendo la inmoralidad siempre al vecino y creando el ambiente de hipocresía<sup>13</sup>.

Y tal actuación no se libra de ser inhumana. Porque "es preferible perecer que odiar y temer, y mucho más preferible perecer que hacerse odiar y temer"<sup>14</sup>.

No puede sostenerse como aspiración una conducta dirigida por el odio y el miedo. Dos móviles despreciables de todo punto si aparecen como son y por lo tanto también encubiertos.

Y a partir del siglo pasado, la forma social que ha logrado máxima importancia es la *asociación en partidos*. Aquí no interesa sólo examinar los resultados de eficacia y de presión en el poder. Lo capital de todos estos temas es su impacto en el hombre. Cómo queda el ciudadano en cada uno de los aspectos sociales en que por necesidad modernamente tiene que manifestarse.

El grito de propaganda es ciertamente la palabra "justicia", y su grito proviene, en cambio, de la ambición. Como a la fiera que le presentan

<sup>11</sup> Menschl. Allzum., I. VIII. 450.

<sup>12</sup> Ibid., ibid. 472.

<sup>13</sup> Ibid. II. II. 284.

<sup>14</sup> Ibid., ibid.

muy de cerca carne ensangrentada y se la retiran de nuevo hasta que ruge, ¿es que tal rugido significa justicia?<sup>15</sup>

El partido dentro de la sociedad moderna, se ha constituido su modo de vida tendiendo a ser eficaz como grupo. Y en el partido se acrece más todavía la acción social que reduce al individuo. Porque el miembro fiel de un partido, ya no aprende, ya sólo experimenta o juzga. Muy distinto de Solón, hombre que buscó su fin junto con y sobre los partidos y a veces en contra de ellos. A él se debe la frase: ya soy viejo y sigo aprendiendo<sup>16</sup>.

El que se opone al partido, por más méritos que hubiese contraído en otros tiempos, pasa a ser enemigo<sup>17</sup>. Porque la política del partido hay que ponerla sobre toda sabiduría personal y así lo que suena ridículo "tener siempre la misma opinión que manda el señor sobre una cosa", se cumple de la misma manera, respecto a los partidos, "al servicio de tal moral se da hay toda clase de sacrificios de vencimiento propio y de martirio"<sup>18</sup>.

Modalidades todas, que de por sí o por su tratamiento actual, vienen a desplazar al individuo de su significación primordial. No importa tanto en cuanto significado hacia afuera para actuar, sino la devaluación del desarrollo interno de la persona y su valía humana, desde la que puede ser enaltecida la misma acción social.

Y la anulación completa del individuo se intenta sobre todo en el Estado socialista, que ambiciona plenos poderes para el Estado, como no se ha dado hasta ahora en ningún género de despotismo<sup>19</sup>. Por eso, frente al grito socialista de "tanto Estado como sea posible", la voz contraria se apresura a pedir: "de Estado, cuanto menos mejor"<sup>20</sup>.

Tampoco la invención de cambiar el séptimo mandamiento por "no poseerás nada", consigue elevar la conducta humana. Intimamente nace en cada uno de los desposeídos el sentimiento y el dolor de la separación por el apego que tenían. Y mucho más la acrimonia, la rivalidad y los malos ojos de unos a otros, porque nunca ha habido dos, aun desposeídos de tierras, que sean totalmente iguales. Porque el hombre está contra todo lo que sólo posee de manera transitoria y lo aprovecha explotándolo, como ladrón o como derochador libertino<sup>21</sup>.

La atención primera para ser sana, tiene que ser siempre hacia el hombre y desde el hombre. Un individuo hecho persona consciente de su capacidad puesta en ejercicio y de sus posibilidades llevadas a efecto en el campo real. Y por tanto fomentando en lo posible el despliegue de actividades positivas, más que cercenando como principio, para obturar toda fuente de alumbramiento superior, en unos canales de cemento, que ahogan todo germen de vida. En vez de disponer para crear bien, limitarse a dejarse llevar y traer por lo que nos rodea aplastándonos.

<sup>15</sup> Ibid. I. VIII. 451.

<sup>16</sup> Menschl. Allzum., II. I. 301.

<sup>17</sup> Cfr. *ibid.* 305.

<sup>18</sup> Morgenröte, III. 183.

<sup>19</sup> Menschl. Allzum., I. VIII. 473.

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> *Ibid.* II. II. 285.

*La democracia venidera*

No es sólo cuestión de palabras, el conquistar en la sociedad una democracia verdadera. Porque con frecuencia se oye de los pueblos que se glorían con el título de demócratas y no ha cambiado realmente más que la apariencia, "nuevos caballos, pero las carreteras y las ruedas siguen siendo las mismas".

Una democracia intenta conseguir *independencia* para los ciudadanos, en cuanto sea posible, de opinión, de género de vida y de adquisición. Y esto es distinto de la política de partidos, que imponen el despotismo sobre sus afiliados, como también ha de evitar los que no poseen nada y los francamente ricos. Los partidos necesitan de todos para aumentar el número de votos, pero es concibiendo la dirección de un país, bajo formas de presión que no logran la convivencia democrática auténtica de sus ciudadanos<sup>22</sup>. Influye mucho para desear la democracia el miedo al socialismo y esto lo explotan los poderes políticos para llevar a cabo sus fines particulares, halagando al "pueblo".

Federico Nietzsche no quiere contentarse con vestir con distintos ropajes los mismos cuerpos, si es necesario conquistar valores nuevos, han de ser valores verdaderamente apreciables, limpios de los que se reprochaba en los antiguos y que se trata de sustituir.

La superación del socialismo, no puede pretenderse con la fuerte oposición capitalista, desde el extremo opuesto, que también está corrompido. Para que el socialismo pudiera quedar olvidado como una enfermedad pasada, la reforma ha de ser de grande profundidad y amplitud. No sólo las formas aparentes.

Nietzsche la plantea desde la *unión europea*, donde los pueblos serían como cantones, constituyéndose sus fronteras, según las conveniencias geográficas y no por añoranzas de piadosos recuerdos históricos. Para esto tal determinación habrían de hacerla los *futuros diplomáticos*, que habrían de ser investigadores de la cultura, economistas y conocedores de las relaciones humanas, y éstos no deberían estar respaldados por ejércitos, sino por los terrenos y las utilidades<sup>23</sup>.

El sentido de la democracia debe intentar salvar la actuación individual. Si la conducta humana ha de moverse terriblemente sometida a la presión exterior, importa poco que se la impongan desde el Estado o desde un partido, porque en uno y otro caso, su acción personal queda reducida a cero.

La organización del partido, que centraliza la acción de sus afiliados, engrana los unos con los otros como una máquina perfecta. Y la máquina no enseña en absoluto el señorío propio individual. De muchos hace una máquina y convierte a los individuos en instrumentos para sus fines<sup>24</sup>.

Una situación semejante enerva la condición de cualquier persona consciente y no puede ponerse como aspiración ennoblecedora de la sociedad moderna. Mientras el hombre no pueda desenvolverse en sus ac-

<sup>22</sup> Ibid., *ibid.* 293.

<sup>23</sup> Ibid., *ibid.* 292.

<sup>24</sup> Ibid., *ibid.* 218.

tividades de expansión y engrandecimiento, no es renovar la sociedad sometida, sino cambiar la sumisión a otra forma de continuar encanijados.

Puede conseguirse así una cultura de máquina<sup>25</sup>. La máquina, en efecto, es fruto de fuerzas muy altas del pensamiento y a su vez, pone en movimiento grandes energías, que de otro modo permanecerían inertes, pero no da el impulso para aspirar a más, a ser mejores, para hacerse artistas. Trabaja activamente y con monotonía que aburre el alma. El pensamiento de Nietzsche se cierne siempre sobre todo lo que es despertar más fuerza, crecer la vida y engrandecer la potencia personal en todas las facultades del hombre que son capaces de ampliar sus posibilidades.

Con todo esto se junta el problema de la sociedad moderna que ofrece un progreso técnico extraordinario y la actuación "humana" del hombre, contando con tantos logros preciosos, no se ha hecho todavía consciente para poder usarlos y beneficiarse de todo ello siendo verdaderamente señor de todas estas circunstancias<sup>26</sup>. Hay quien cree que la dignidad humana queda a salvo concediendo a cada uno de los ciudadanos igualdad absoluta en el derecho de votar<sup>27</sup>.

La exigencia de Nietzsche para salvar la actuación digna del individuo, tiende a mucho más que a permitirle materialmente emitir su voto, sobre todo si esta acción no representa un ejercicio auténtico de su personalidad.

Todas las objeciones al sistema de voto quedarían muy reducidas en una sociedad de ciudadanos cívicamente educados, capaces de comprender en rasgos generales, pero precisos, los verdaderos problemas y las mejores conveniencias para su pueblo. Entonces podríamos conseguir un actuar consciente personal de los individuos, para colaborar en la empresa común, enalteciendo la dignidad personal de cada uno de los comprometidos en ella.

### *El ciudadano*

Que el hombre vive en sociedad, es un hecho; que tiene que vivir con los demás una necesidad y una tarea importante para el hombre es aclarar cómo el individuo puede beneficiarse más y mejor socialmente, sin aniquilar su existencia auténtica, sino encontrando fomento para hacer crecer la realidad propia.

El proceso completo de la vida humana debe fomentarse desde su realidad existencial que da los datos de capacidad para intentar un fin con garantía. Entender la vida sólo como un momento en el desarrollo de la especie o del Estado o de una ciencia y sumergida por completo en la historia de un devenir, es no entender la lección de la existencia. El heroísmo de la sinceridad consiste en dejar de ser un día juguete del devenir<sup>28</sup>.

En términos generales lo que se exige es atraer de verdad la atención sobre la importancia de la persona y que el punto de partida y de fin sea

<sup>25</sup> Cfr. *ibid.* 220.

<sup>26</sup> *Ibid.*, *ibid.* 278.

<sup>27</sup> *Ibid.*, *ibid.* 276.

<sup>28</sup> Cfr. Schopenh. *als Erz.*, 4.

desde la existencia personal, que es donde ha de lograrse la creación más perfecta.

No puede ocultarse tal realidad bajo la impresionante apariencia del Estado. No se excluyen en su ser, pero la consideración elaborada posterior, los ha hecho opuestos. Sólo donde cesa el Estado empieza el hombre que no es supérfluo<sup>29</sup>. El hombre que se siente inmerso en la necesidad real y es capaz de sustraerse a la envolvente ofusadora, para divisar el arco Iris y los puentes del superhombre.

La organización del Estado necesariamente tiende a desconfiar de la formación elevada y favorece la educación unificada, impidiendo la decantación personal de los grandes. En la "polis" griega, a pesar de la organización y contra su voluntad, florecieron grandes personalidades por la ambición de honor de sus individuos<sup>30</sup>.

Hay que entender este criterio de valoración no desde el éxito o la aceptación multitudinaria de la masa, con toda la amplitud que puede abarcar "masa", sino atendiendo a una estimación ontológica de lo que es y desarrollada su capacidad de ser llevándola a efecto.

Para la masa es un gran hombre quien le proporciona algo que es agradable para muchos, o se lo hace ver así y además aparenta que lo ha logrado con mucho esfuerzo, porque una voluntad enérgica la admira todo el mundo<sup>31</sup>. Siempre los criterios de valoración son, y no pueden ser de otro modo, desde lo que se muestra y como se muestra, o sea desde la impresión que causa, más que desde la consideración detenida de su origen y de la realidad del efecto.

Además, la mayoría de los hombres no son nada ni valen nada hasta que no se revisten de las convicciones generales y de las opiniones públicas, según la filosofía del sastre que (el traje hace la gente), el hábito hace al monje. Pero los hombres de excepción deben decir: *sólo el que lo lleva hace el traje*, aquí dejan las opiniones públicas de ser públicas y se hacen algo distinto de máscaras, adornos o disfraces<sup>32</sup>.

Se trata de tomar en cuenta la estimación fundada en realidades, frente a la aparental y de brillo sin razón. La realidad auténtica que es ampliación efectiva de la capacidad. Y en cuanto a la vivificación de las opiniones que acreditan a una persona, es cosa muy fácil arrimarse a las públicas que se justifican por el número y no tiene uno por qué hacerse problema de ellas. A este respecto apunta Nietzsche: "Hay que decirlo una vez más: las opiniones públicas son perezas privadas"<sup>33</sup>.

Necesita el hombre tener la conciencia despierta para avivar desde sí mismo sus opiniones y actuaciones que le aumentan su capacidad y al mismo tiempo llena de sentido y contenido a las mismas.

A todo esto se suma la desventaja de los hombres selectos en cuanto a permanecer y multiplicarse. Percen más fácilmente porque están más expuestos al sacrificio<sup>34</sup>.

Para mantener, sin embargo, en activo la capacidad de esfuerzo, son necesarios los espíritus fuertes que ejercen su acción contra toda corriente

<sup>29</sup> A. s. Z., I. Von neuen Götzen.

<sup>30</sup> Mensch. Allzum., I. VIII. 474.

<sup>31</sup> Ibid., ibid., 460.

<sup>32</sup> Ibid. II. I. 325.

<sup>33</sup> Ibid. I. VIII. 482.

<sup>34</sup> Cfr. ibid., ibid. 442.

y llegan a sobreponerse a todo ambiente de fácil acomodación y dejarse llevar. Pero el choque con lo de alrededor, les hace parecer extraños, cuando menos raros y pasar rápidamente a ser tenidos por malos. Lo no experimentado, sobre todo en el modo de vida, aparece de momento siempre como sospechoso. Sólo llega a tomarse como bueno, cuando tal innovación perdurando se ha ganado el público a su favor y se ha hecho corriente. Primero ha sido necesario pasar por malo, llevando en sí gérmenes efectivos de valor y que realmente llegue a conquistarse su aprobación.

De todo esto abundan los ejemplos en la historia. Con tal oposición sólo los espíritus más fuertes y los "más malos", han sido capaces de empujar la humanidad hacia adelante las más de las veces, despertando las pasiones adormecidas, porque toda sociedad ordenada adormece las pasiones<sup>35</sup>.

El hecho de que la sociedad juzgue con prejuicios pudiéramos decir, daña en muchas ocasiones, impidiendo la madurez de ciudadanos en lo que sería su campo auténtico de creación y donde producirían, sin duda, los mejores frutos. A otros, su manera de ser les permite adaptarse a cualquier vida, pero precisamente los capaces de sobresalir muy alto en un campo determinado, son los que sufren más su fracaso y esto repercute en la sociedad misma con mayor perjuicio, porque el "fracasado" devuelve toda su carga de malhumor, impedimentos, enfermedad, excitabilidad, ambición y en el mejor de los casos una nube de tormenta<sup>36</sup>.

Queda por tanto el ciudadano frente a la sociedad en muchos casos reprimido, pero no es la solución el antisocial y el que actúa sólo por su cuenta. Se pide una situación de favor para no cohibir, sino facilitar el desenvolvimiento de todas las facultades que constituyen el valor total de cada uno. Ante todo, es preciso no venderse como esclavo por nada. No es mejorar recibir un salario más alto, porque no desaparece así lo esencial de su miseria y aumentando la impersonalidad por medio del engranaje maquinal de una nueva sociedad, podría la vergüenza de ser esclavo, convertirse en virtud.

"Qué asco, tener un precio por el que se deja de ser persona para convertirse en tornillo"<sup>37</sup>. Todo lo que excede las atribuciones sociales para tullir la personalidad individual es abominable. Lo que impide respirar libremente. En tal caso no es conveniente la sociedad, no favorece el ennoblecimiento del individuo, sino que antepone idealizaciones irreales a las que obliga a someterse inútilmente. Esperar y esperar hasta que la espera se convierta en hambre, en sed, en fiebre y en locura y finalmente ¿llegará el día de la *bestia triumphans* en toda su grandeza? Todo lo contrario debe pensar cada uno en sí mismo, es preferible emigrar buscando *ser señor* en regiones salvajes y agrestes del mundo, y sobre todo *señor de mí mismo*.

Esto ya es importantísimo en la conducta y modo de vivir de cada hombre. Ser señor con conciencia de la propia personalidad, no tanto en

<sup>35</sup> Die fröhl. Wiss., I. 4.

<sup>36</sup> Morgenröte, IV. 213.

<sup>37</sup> Ibid. III. 206.

el sentido de tener vasallos sometidos. El señorío viene y se precia principalmente por sentirse dueño de sí. Poder aspirar, poder intentar y poder realizar los mejores esfuerzos y las conquistas más sorprendentes desde sí mismo.

No importa tanto el lugar ni los mismos vecinos en último término. Lo que exige valoración y estima humana es cómo se mueve y cómo se intenta y lleva a cabo cualquier empresa. El saberse dueño de las acciones da rango de persona y esto también si es dentro de la sociedad. Pero no merece la sociedad tales "señores", si no admite las posibilidades de desarrollo, de ennoblecimiento personal y de acción, despertando y favoreciendo las capacidades creadoras de los ciudadanos.

### *Europa y el nacionalismo*

El desarrollo en la organización de las sociedades tiene otras exigencias a medida que las condiciones en que ha de vivir socialmente el hombre, cuentan con circunstancias distintas en el correr de los tiempos.

Intentando siempre que la personalidad individual pueda tener más libertad de acción, o mejor mayores posibilidades de fortalecimiento propio y de ejercicio de esa capacidad mayor, ha de crear para moverse a gusto una sociedad de contornos más amplios, donde puedan emprenderse hazañas comunes de mayor alcance y de eficiencia real más efectiva sobre y para todos los ciudadanos.

Teniendo en cuenta, pues, el s. XIX en el que vive Nietzsche, con el auge que va tomando el comercio exterior, la industria, las relaciones entre los hombres cada día más frecuentes más allá de las fronteras nacionales, van fomentando y a la vez exigiendo un acercamiento de los pueblos, una unidad más estrecha que borra poco a poco la significación de los mojonos fronterizos porque se convierte en impedimento. El peligro está en querer mantener un *nacionalismo artificial*, como daña asimismo un catolicismo artificial<sup>38</sup>.

Ante situaciones que exigen la unión de países es necesario ver claro, con sinceridad, que no es el interés de muchos, sino el de algunos astutos y poderosos que temen perder su puesto de privilegio entre los copaisanos, si se ven diluídos en un mundo de referencia mayor con dimensiones más distantes, lo que impide reconocer la ventaja y casi la necesidad de reducir cada vez más las fronteras. Pues el objetivo sería una fusión de las naciones para conseguir *el buen europeo*.

El hecho histórico del modo de vestir los caballeros en este tiempo es señal de la aspiración consciente o inconsciente hacia un modo de ser igual los hombres que han llegado a un género de vida muy semejante. El caballero no busca en el vestido distinguirse por su estilo nacional del traje. Tal característica ha desaparecido y no distingue ya a los señores de diferentes países. El caballero viste según la moda y es poco más o menos igual en toda Europa. Ahí es donde pone su nota distintiva, en un sentido del vestir conforme a las exigencias de los tiempos, que son

<sup>38</sup> Cfr.. *Menschl. Allzum.*, I. VIII. 475.

muy parecidas en lo fundamental para todos los países que gozan de la cultura europea<sup>39</sup>. En este sentido lo europeo equivale a lo moderno.

El europeo quiere mezclar todo lo realizado en la historia en una amalgama. Sería el hombre desgraciadamente plebeyo en cuanto de la Historia, como cuarto de provisiones, quisiera encontrar un traje para vestir su cuerpo, pero ninguno le cae bien. Y parece el despertar del hombre moderno que no puede contentarse con una renovación de remiendos históricos. Su gran descubrimiento es que el hombre moderno con "espíritu histórico" estudia y trata de extenderse con algo hacia lo extranjero y mantener también algo del tiempo precedente<sup>40</sup>. Ese sentido histórico de renovar al hombre moderno con reflexión y conocimiento es el que exige la unidad más amplia entre todos los hombres que desean e intentan un ideal común de vida.

Para una conquista semejante hacia un "buen europeísmo", es necesario reconocer con claridad lo que la razón exige teniendo muy presentes las circunstancias en todos sus aspectos, sobre todo con el gran inconveniente de los patriotismos. Pero que en la actualidad resultan peligrosos.

Esta acepción de "buen europeísmo", puede aclararse con el aforismo 362 del libro V. de "*Die fröhliche Wissenschaft*". Apunta Nietzsche considerando la época de Napoleón la influencia personal de este gran hombre más que de la misma Revolución, en cuanto al ejercicio de la guerra en gran escala, con la ampliación y perfeccionamiento de los medios, de las capacidades personales y de la disciplina. Tal aspecto de exigencia y de superación personal es lo que hace alabar esta época de guerras y ver un despertar muy abierto hacia el europeísmo con un sentido superior en cuanto hace que sea *el hombre* (Mann) de nuevo señor en la naciente Europa en vez del comerciante o el filisteo de la cultura<sup>41</sup>.

Contemplando la evolución de la sociedad europea, se advierte tendencia a ser más semejantes cada día los habitantes de unos pueblos a los de otros. Sea el progreso, la humanización, la civilización o lo que queramos considerar como característico del europeo, el hecho es que cada vez se independiza más de sus condiciones geográficas, propias de su país, para vivir en comunión con los vecinos o menos remotos<sup>42</sup>.

La tendencia hacia el acercamiento de los pueblos europeos es manifiesta. Se está originando *el europeo*.

En los escritos de Nietzsche no sólo queda descubierto y patente el caminar de los hombres modernos, con avances y retrocesos, hacia el europeísmo, están apuntadas algunas condiciones de estímulo para superar al hombre también en el aspecto de su convivencia social, pero al mismo tiempo queda señalado el peligro. El engrandecimiento del hombre ampliando sus posibilidades es deseable y a ello tiende su afán de superarse. Lo que amenaza es el modo de llevar a cabo la gran unión europea, si no preside siempre el auténtico despliegue de valoración de las fuerzas individuales de cada uno. El resultado puede ser un hombre medio, útil, trabajador, aplicable a muchas cosas y animal de rebaño.

<sup>39</sup> Cfr. *Ibid.* II. II. 215.

<sup>40</sup> Cfr. *Jenseits...*, VII. 223.

<sup>41</sup> *Die fröhl. Wiss.*, V. 362.

<sup>42</sup> *Jenseits...*, VIII. 242.

Al fin, un esclavo y un surgir de tiranos en todos los campos de la actividad humana, que hambreen el mando y el dominio como el pan nuestro de cada día.

Una Europa poblada por hombres en tales condiciones, no sería una europeización de engrandecimiento, sino de depresión y hundimiento de los hombres, sin conseguir avanzar un grado en el camino de superación del hombre superior.

Como testimonio final puede considerarse la historia del siglo XIX, en la que aparecen, a pesar de los grandes movimientos nacionalistas y otras muchas circunstancias que parecerían zanjar más profundamente la excisión, que el vivir de los hombres se acerca a una convivencia más amplia y la dirección de todos los hombres pensadores e influyentes del siglo, se dirigió hacia la realización de esa síntesis y la preparación del camino para el establecimiento del nuevo europeo sobre los pueblos de Occidente<sup>49</sup>

LUIS JIMÉNEZ MORENO

<sup>49</sup> Ibid., *ibid.* 256.